Los primeros años

Será necesario, por distintas razones, dar a este breve esbozo la forma del ensayo crítico más que la de una biografía. Los datos para una vida de Nathaniel Hawthorne son todo lo contrario de copiosos y, aunque fueran abundantes, no serían de mucha utilidad para los propósitos del biógrafo. La carrera de Hawthorne quizá sea la más tranquila y sin incidentes que pueda caerle en suerte a un hombre de letras. Fue, de un modo casi sorprendente, pobre en acontecimientos y en lo que podríamos llamar calidad dramática. Pocos hombres de igual genio e igual eminencia habrán llevado una vida tan sencilla. Sus seis volúmenes de *Cuadernos de notas* dan fe de esta sencillez: representan una especie de monumento a un destino tan libre de perturbaciones. La carrera de Hawthorne fue pobre en vicisitudes y cambios. Transcurrió, en su mayor parte, en el interior de una sociedad reducida y homogénea, en una comunidad rural y provinciana; no tuvo demasiado contacto con eso que llamamos el mundo, los acontecimientos públicos, las costumbres de la época, e incluso la vida de sus veci-

nos. Los acontecimientos literarios tampoco fueron numerosos. Si nos atenemos a la cantidad, Hawthorne produjo poco: su obra consiste en cuatro novelas y el fragmento de otra que no pudo terminar, cinco volúmenes de relatos, una colección de artículos y un par de libros de cuentos para niños. Y, sin embargo, vale la pena hablar del hombre y el escritor. Al margen de su destino personal, importa porque fue el más precioso y eminente representante de una literatura. Quizá sea cuestionable la importancia de esa literatura, pero en todo caso, en el campo de las letras, Hawthorne es el más alto ejemplo del genio americano. Tal genio no ha sido, en su conjunto, de naturaleza literaria; pero Hawthorne fue, dentro de sus limitaciones, un maestro de la expresión. Es el escritor al que se refieren sus connacionales con mayor seguridad cuando quieren reivindicar la aportación americana al enriquecimiento de la lengua madre, y, a juzgar por las apariencias, ocupará durante mucho tiempo tan honorable posición. Si se le puede considerar afortunado por el modo en que lo benefician la ausencia de competidores en su campo, así como la falta de relieve de la escena literaria en la que se movía, es verdad que, para el espectador, su situación tiene algo de chocante. Fue un genio tan modesto y delicado que podemos imaginar que se rebelara contra el solitario honor de ser el único representante de una actitud: le parecía una incongruencia dolorosa la distancia entre su bagaje literario, difícil de

medir, y las circunstancias extraordinarias de la vida americana. Hawthorne es tan sutil, delicado y carente de pretensiones, y el mundo americano tan vasto, variado y denso que el autor de *The Scarlet Letter [La letra escarlata]* y *Mosses from an Old Manse [Musgos de una vieja casa parroquial]* podría tener la impresión de que se le hace un pobre servicio si se comparan sus proporciones con las de una gran civilización. Pero nuestro autor debe aceptar tanto los inconvenientes como las ventajas de su fama. Tiene el mérito de habernos dictado una lección moral: la lección de que el arte sólo florece donde el suelo es profundo, de que se necesita mucha historia para producir una pequeña cantidad de literatura, de que se requiere una maquinaria social compleja para poner en marcha a un escritor. La civilización americana, hasta el momento, ha tenido otras cosas que hacer antes de producir flores, y antes de parir escritores ha estado muy ocupada en procurarles algo sobre lo que escribir. El mundo no suele reconocer más de tres o cuatro plantas preciosas entre las nacidas al otro lado del Atlántico, y admite que la fragancia más rara y agradable de ese modesto ramillete procede del genio de Hawthorne.

Su propia sencillez ha jugado a su favor; ha contribuido a que nos parezca sólido y homogéneo. Sería forzar las cosas e incurrir en un error de perspectiva hablar de su carácter nacional; pero, a pesar de su falta de realismo, es intensa y vívidamente

local. Surgió del suelo de Nueva Inglaterra: germinó y floreció en una grieta de su granito durísimo. La mitad del interés que reviste para un lector americano con cierta capacidad de análisis reside en su latente sabor a Nueva Inglaterra; y creo que no sería una injusticia afirmar que, sea cual sea su capacidad de entretener a quienes no lo conocen muy de cerca, para apreciarlo adecuadamente parece imprescindible haber tenido una impresión personal de las costumbres, de la moralidad y por supuesto del clima, de la gran región que tiene por metrópolis a Boston, ciudad singular. El aire frío y radiante de Nueva Inglaterra parece soplar en las páginas de Hawthorne, que son, en opinión de muchos, el medio más agradable para conocer esa atmósfera tonificante. No me pronuncio sobre si conviene saber algo de Nueva Inglaterra para extraer algo más íntimo de *La casa de los siete tejados* y *La novela de Vallealegre;* pero es verdad que una observación profunda de la sociedad a la que se dirigían estas obras supone una excelente preparación para quien quiera disfrutar de ellas. He aludido a que Hawthorne carece de realismo, esa cualidad hoy de moda –carencia de la que habrá que seguir hablando–; pero creo que no fantaseo si digo que ha dado testimonio de la sensibilidad de la sociedad en la que floreció, de un modo tan preciso (salvando las distancias) como Balzac y algunos de sus descendientes –Flaubert y Zola– dieron testimonio de la moralidad y las costumbres del pueblo francés. Careció de una